

EL ABUELO, Y LA NIETA.
COMEDIA DE MUSICA,
EN TRES ACTOS:
POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

Representada por la Compañía de Manuel Martinez en el año de 1792.

PERSONAS.	ACTORES.
D. Diego, hombre de avanzada edad, padre de.....	Sr. Josef Morales.
D. Josef, de un carácter severo, padre de.....	Sr. Vicente Garcia.
Doña Rosita, señorita vana y soberbia....	Sra: Antonia Prado.
D. Pedro, Abate seductor.....	Sr. Juan Miguel Antolin.
D. Benito, amante de Doña Rosa.....	Sr. Vicente Sanchez.
Doña Monica, aya justificada.....	Sra. Manuela Monteis.
Silverio, capataz de la huerta, tío de.....	Sr. Vicente Romero.
Faustina, pastora simple.....	Sra. Maria Concha.
Tomasa... } criadas.....	Sra. Manuela Morales.
Manuela. }	Sra. Lorenza Correa.
Juan Josef, negrilla volante de D. Josef.	Sr. Pedro Cubas.
Labradoras y Labradores.....	

LA ESCENA ES ESTABLE, Y SE FINGE EN UNA QUINTA de las inmediaciones de Madrid, propia de D. Diego.

ACTO PRIMERO.

Galeria de una Quinta, con varias puertas que conducen á los respectivos quartos de los dueños, pared de una altura regular, con puerta en medio y pozo á un lado en el foro. Sobre la pared sobresalen unos emparrados del que figurará ser patio, y en el ultimo termino, la puerta de la entrada de la Quinta. Aparece D. Benito embebido en contemplar el retrato de Doña Rosa, y D. Diego le observa apoyado en el baston.

Canta.
 Ben. Fiel traslado de mi dueño,
 dulce copia de mi vida,
 desde que te vió embebida
 en tí toda el alma está.
 Si la copia así arrebata,
 si el traslado así sorprende,

facilmente se comprende
 el original que hará.
 Dieg. Bendito seas mil veces;
 dexa que te de cien besos;
 dile al retrato de Rosa,
 mi Nieta, dos mil requiebros,
 que original y retrato,

merecen qualquier obsequio.

Ben. El prodigio que vi en sombras,
quando me cegó el reflejo
de sus ojos, contemplarlo
en el retrato resuelvo,
á menos que su retrato
no me dexé tambien ciego.

Dieg. No es estraño que te guste
mi Nietecilla, atendiendo
á su beldad. El Perú
dará á trompones dinero,
pero no dará hermosuras
como la suya.

Ben. Yo creo,
que quando naturaleza,
quiera hacer otro embeleso
de igual beldad, de la suya
se valdrá para modelo,
y por esta causa indigno,
de su mano me contemplo.

Dieg. Tú eres digno de Rosita,
y digno de ser mi nieto.

Ben. Si Don Josef....

Dieg. Ya, Pepito.

Ben. Ha querido hacerme dueño
de su mano, no es Señor,
porque su beldad merezco,
sino porque quiere honrarme
con tan venturoso empleo.

Dieg. Quando Pepe me escribió
el ventajoso concierto
de su boda, me parece
que dudaba de su efecto,
por el miedo que mostrabas
á pasar el charco.

Ben. Es cierto,
que dexé con repugnancia
el Perú, y expuse al riesgo
del mar vida é intereses;
y que el amor que profeso
á Don Josef, por haberme
criado desde pequeño,
pudo vencer solamente
la repugnancia que á ello
mostraba, aunque fué mi padre
español, y ningun deudo
me quedaba allí; mas tanto
mi venida á España apruebo,

que los riesgos que he pasado
me parecen cortos riesgos,
á vista de la ventura
que he conseguido por ellos.

Dieg. Si te gusta por hermosa,
mas te gustará en sabiendo
la educación que la he dado;
no entienden palabra de esto
los padres. Quando principia
á desarrollarse el genio
de los niños, se le oprimen
con importunos maestros,
que quieren con el castigo
cultivar su entendimiento
enseñándoles materias
tan estupidas como ellos,
que sirven de hacerlos tontos,
y criarlos entisecos.
Yo me quité de etiquetas,
tontunas y cumplimientos:
apenas cumplió tres años,
mandé que comiera aquello
que quisiese; si cevollas,
cevollas, si verros, verros.
Igualmente mandé al aya,
que en verano, y en invierno,
fuese á la huerta en cuerpo,
sin resguardarla del sol,
ni del rigor de los yelos.
Que si la tomase embrazos,
algun pastor ó quintero,
y la llevase á la siega,
ó al prado á ver los corderos,
no la pusiesen reparo;
y aunque volvía de entre ellos,
apestando á ajos y á vino,
manchado todo el pañuelo,
y el vaquerito arrugado
y lo regañaba al verlo,
en el modo de reñirlo
conocian mi contento.
En fin, con estas anchuras,
poca labor, mucho juego,
un estudio moderado,
y quatro mimos á tiempo,
he criado una muchacha,
mas rolliza que un ternero,

que me dará, si se casa,
á porrillo los viznietos.

Ben. En la educacion de Rosa,
mostró usted su gran talento.

Dieg. Querias que yo criara
mi Nieta como un escuerzo,
descolorida y delgada,
como otras que en Madrid vemos,
cuya complexion endeble

las casas va obscureciendo?
No Señor, quise criarla,
como crian sus hijuelos
los Aldeanos. Al instante

que Pepe se fué al Gobierno,
me vine á la Quinta, en donde

permanecí todo el tiempo
de su puericia: despues

que la morriña del cuerpo
hechó del todo, y se puso

tan sana como estas viendo,
la lleve á Madrid, y en todo

lo concerniente al manejo,
que tienen las señoritas,

que quieren brillar en medio
de las gentes del gran mundo,

la hice imponer, y un talento
en esto mostró tan grande,

que á muy pocos documentos
que la dieron, aprendió

mas que la enseñó el Maestro;
y cuidado que en Madrid,

no hay ninguno tan experto
como el suyo: es un estuche

de mil juguetes compuesto;
á no ser por él, la niña

mil veces se hubiera muerto.
Ayer tarde de Madrid

á buscarle aquí vinieron
de parte de un poderoso

que con él consulta. Pero
pronto volverá, y verás

si en alabarle me excedo;
es un crítico famoso,

un escritor estupendo,
un especifico tiene,

ó elixír para los viejos....
si soy mas mozo que Pepe,

á su elixír se lo debo.

3
En fin, estoy persuadido,
que nadie con tanto esmero

ha criado una muchacha
como yo, y aunque contemplo

que sin trabajo, tú el fruto
cojerás de mi desvelo,

lo doy por bien empleado,
porque te hacen digno de ello

tus circunstancias.
Ben. Estimo

el favor que á usted merezco
como es debido: á qué hora

querrá usted que á ver entremos
al cielo de su hermosura?

Dieg. Si te parece, ahora mismo;
que aunque ayer noche no pude

sacar á Rosa del cuerpo,
si le gustabas ó no,

nada importa; yo estoy cierto
que hará justicia al instante

á tu merito; á mas de esto,
como estaba algo malilla...

Luego fué tan poco el tiempo
que te vió.... Vamos á verla,

dexa de una vez el miedo,
que ella se sugetará

á lo que diga su Abuelo.
Y mi hijo vendrá pronto?

Ya estoy deseando verlo.
Está mas viejo que yo?

Representará á lo menos
veinte años mas: yo á Dios gracias

todavia me manejo
muy bien; conserva la vista?

Querrás creer que yo veo
un caballo de una legua?

Ben. ¿á él le sucede lo mesmo.
Dieg. Y por qué no vino anoche

contigo? Mas ya me acuerdo,
me dixiste que tenia

que presentarse á un sugeto
que le favorece, y que hoy

vendria á comer; no es eso?

Ben. Si Señor,
Dieg. Qué cosas tiene

este Pepe. No comprehendo
porque quiere que en la Quinta,
y no en Madrid le esperemos?

yo y Rosita.
Ben. Eso lo hace por evitar cumplimientos.
Dieg. Si digo yo que Pepito es pateta.
Ben. Fuera de esto, que aquí con tranquilidad quiere estender los conciertos de la boda, y celebrarla, si puede ser en secreto.
Dieg. Me parece bien: qué tienes que no paras con el cuerpo? ah! si, quieres ver la niña; y es razon; pero qué es esto?
Salen del cuarto de Doña Rosa, Tomasa y Manuela corriendo, manifestando en las acciones su poco juicio.
 A dónde vais? Qué decis? que yo palabra no entiendo, está visible tu ama? sin responderme se fueron, va á la puerta de Doña Rosa. voy á mirar...
Dentro Mon. No entre usted.
Dieg. No está visible. Silverio?
Sale Silv. Señor?
Dieg. Lo que te he mandado, está del todo dispuesto?
Silv. Nada faltará.
Dieg. Ya sabes que hoy viene Pepe, y que quiero, como que es Gobernador obséquiarse.
Silv. Ya lo entiendo.
Dieg. Cuidado que nada falte. Lo has entendido, Silverio?
Silv. Si Señor.
Dieg. Mientras se viste Rosa, en mi quarto estaremos; vamos, que ya la verá.
Ben. Como es debido obedezco. Amor apresura el logro de mis amantes deseos.
Entran en el quarto de D. Diego.
Silv. Con la venida del hijo, está el Amo medio lelo; pero ya vienen los mozos

Salen mozos y mozas con pichones y verduras.

del palomar y del huerto. Jesus que pesados sois! A la cocina con eso vosotras: venid vosotros, que todavía tenemos que alcanzar hubas. El Amo está loco de contento, y es preciso darle gusto. Pero quién viene corriendo? La niña: ya se conoce que le falta su D. Pedro.

Entran los mozos por la parte del foro, y suben á los emparrados. Sale Doña Rosa de su quarto, pateando, andando desahogada por el Teatro, y Doña Monica conteniendola.
Canta.

Ros. No quiero, no quiero, hay tal machacar. Sin el bien que adoro no puedo parar; pero ya ha llegado, dexeme uste estar: si tarda otro rato me he de repelar. No quiero, no quiero, hay tal machacar.

Dexeme usted.
Mon. Señorita...
Ros. Ya he dicho á usted que no quiero. Qué no venga!

Mon. Tenga usted algo mas de miramiento.
Ros. Con sermones se me viene la Beata de Lora. Bueno, quando entre á darme los dias, yo se lo diré al Abuelo.

Mon. Digaselo usted; que ya se me acabó el sufrimiento.
Ros. Pues vayase usted: las siete, mirando el relox, y no ha venido D. Pedro!

Mon. Peinese usted.
Ros. Vaya, vamos.
Mon. Aquí? No es mejor adentro?
Ros. Si yo quiero aquí.

Mon. Pues sea,
ya que usted se empeña en ello.

Doña. Monica, llama á un criado
interino canta. *Silverio* como el emparrado:
el criado entra por el tocador y

Doña Monica se pone á pensarla.

No están mala la muerte
como la ausencia ni el silencio
aquella el mal cabar
y esta le aumenta.

Ay de aquel pecho,
que la tortura sufre
de mal tan fiero.

Ros. Qué bien que canta! Es un pasmo:
vuelve á proseguir *Silverio*
y baxa por la propina
asi que acabes con eso.

Bólera.

Silv. Piensa con el Abate
ser Juana sola
y el tiene en cada calle
cinco ó seis mozas.

*Se levanta de pronto Doña Rosa en-
furécida.*

Ros. Como no calle el bribon!
le he de hacer moler los huesos
á palos; como se entiende
ponerse á cantar sabiendo
del modo que estoy? ninguno
me ha de parar un momento.

Quando rabio, mis criados
han de rabiár, que para eso
son mis criados, y los pago.

Mon. Mas no son esclavos vuestros.

Ros. Beata de Lora.

Mon. Loca.

Ros. Hoy en dia es moda el serlo.

Beata de Lora.

Mon. Usted...

Ros. Ya se ha picado.

Mon. Acabemos
el peynado, por si acaso
entra á ver á usted su Abuelo
con el novio.

Ros. Con el novio?

Sabe usted si yo le quiero?

Mon. Aquello que hagan sus Padres,

deberá usted dar por hecho.

Ros. Pues ya.

Mon. Qué lazo se pone
usted?

Ros. Traygame uste el negro.

Mon. Si yo sobre tí mandara
yo domaría tu genio.

Ros. Para recibir á este hombre
que me quieren dar por dueño,
qué traxe te pondrás Rosa?

Una vez que le aborrezco
me pondre el de luto, á ver
si de este modo le ayento;
me gusta la idea... vamos

Sale Manuela.

corre, viene ya Don Pedro?

Man. No Señora.

Ros. Con que flemma
lo dice.

Ros. Vuelve de nuevo
á verlo desde la puerta,
sosona.

Man. Ya voy corriendo
que vivora!...

Sale Doña Monica con un lazo negro.

Mon. Tome uste
el lazo.

Ros. Ya no le quiero,
yo le he pedido á uste el blanco
y usted me ha traído el negro.

Mon. Pues irá por él: paciencia
pues que no hay otro remedio.

Ros. El vestido me ha chocado;
pero tolerar no puedo
esta tardanza... si acaso
le habrá espantado el Abuelo?
si lo supiera, si lo
vinó, Tomasa, el Maestro?

Sale Tom. No se le vé todavía
por ningun lado.

Ros. Si es cierto

lo que imagino... anda corre
dí que venga acá mi Abuelo.

Tom. Cómo una malva es la niña!
Ros. Si es verdad lo que sospecho...

Sale Doña Monica con el lazo blanco.

Mon. Aquí está ya el lazo blanco.

Ros. El lazo blanco? Esto es bueno

se lo he pedido yo á usted?

Mon. Sí Señora.

Ros. Qué envelego!

Mon. Paciencia.

Ros. Paciencia, ¡ha!

traygame usted el baquero
de luto. Despache usted.

Mon. A que viene ese edefesio?

Ros. Me quiero poner de luto.

Mon. De luto? pues quién se ha muere.

Ros. Se ha muerto mi corazón,

ya que usted quiere saberlo.

Mon. Luego que su padre venga

no paro aquí ni un momento.

Sale Don Diego, y Tomasa. Doña

Rosa se sienta y hace que llora.

Tom. Entre usted.

Ros. Ya viene aquí:

de este modo he de saberlo.

No lo creyera jamás:

todos caminan de acuerdo

para matarme, y el peor

es mi Abuelito; mas presto

tendrán el gusto de verme

baxo una losa... qué es esto!

Hace que se accidenta.

Qué convulsion...

Dieg. Pobrecita!

hay que se accidenta cielos!

Chucurrutita... Rosita?

Tu Abuelito qué te ha hecho?

Valgame Dios! Se te pasa?

Doña Monica? Silverio?

Mas ya vuelve: qué te ha dado?

Ros. Un dolor aquí en el pecho.

Sale Doña Monica.

Dieg. Usted sin duda á Rosita

le ha dado algun sentimiento.

Mon. Ay Señor!...

Ros. Qué trae usted?

ya el luto iba previniendo

pensando que me moria;

no me pueden ver.

Dieg. En esto

la niña tiene razon.

Vuelva usted la bata á dentro.

Mon. y dexenos. Qué rarezas vas.

Doña
tienen estas ayas! Cielo

mio, estas ya mejorcita?

Ros. Algo aliviada me siento;

pero Abuelo, ¿sabe usted

por qué no viene Don Pedro?

Dieg. No, hija;

Ros. Dicen que usted

con él ha tenido un cuento,

y le ha dicho: que no vengas.

Dieg. Quién te ha contado ese enredo?

Ros. Con qué vendrá?

Dieg. Y si no viene

ire á buscarle yo mesmo

si es necesario.

Ros. No invalde

tanto á mi Abuelito quiero:

si es tan bonito...

Dieg. De veras?

Con la risa celebra la moueria de Do-

ña Rosa.

Ros. Tiene tan blanquito el pelo...

y los ojos? Abelito,

si vieras quanto te chero!

Mira me das una onza?

Dieg. Si es menester tambien ciento.

Ros. Dame el volsillito.

Dieg. Toma;

qué has de hacer de tantos pesos?

Ros. Qué he de hacer: vestirme á usted

de majo.

Dieg. Para qué efecto?

Ros. Para tener quando ocurra

con quien bailar el bblero.

Dieg. Muger, si yo no le baylo.

Ros. No hay en el mundo maestros?

Dieg. Tengo los huesos muy duros.

Ros. Eso es decir, que ueste es estejo?

Dieg. Pero lo soy, lo soy. *Rosa?*

Ros. Usted viejo? ni por piensó.

Dieg. De ese modo, todavia

veré si puedo aprenderlo.

A los muchachos es fuerza

irles siempre con el genio.

Ros. Mire usted, la aya me dixo,

que no sé contar dinero

y ahora voy á desmentirla.

Se sienta al tocador á contar dinero.

Doña Monica ha vuelto á salir.

Dieg. Me parece muy bien hecho.

Usted trata á la muchacha con aspereza y yo no quiero.
Mon. Mire usted que...
Dieg. Nada miro, ni...
disimule ó reñicemos.
Ros. Quatro duros son diez reales.
medio duro sea doscientos.
una onza quince reales.
Luego dirán que no entiendo
de contar.

Al bastidor Don Diego y Don Benito.

Dieg. Entra que ahora
no tiene el humor revuelto
y te admitirá gustosa.

Ben. Amor lo quiera Don Diego.

Dieg. Contemplala desde aquí,
mira qué color tan bello;
que talle tan primoroso,
y que ojos tan hechizeros...
y los piezecitos? Vaya
aquel modo de ponerlos
en el bien parado, asombra.

Tú baylaras el bolero?

Ben. No Señor.

Dieg. Pues hijo mío
es necesario aprenderlo,
que también le aprendo yo.

Ben. Este hombre ha perdido el seso.

Dieg. Vamos en nombre de amor.
Rosita aquí te presento
á tu nobio.

Ros. A quien, Señor?

Sumirar ni dexar de contar el di-

nero.

Dieg. A tú nobio.

Ros. Puf, qué feo, cómo se ve corriendo.

Dieg. Muchacha? Esperame aquí
que pronto con ella vuelvo.

Ben. Ay triste, que ya conozco
qué soy blanco de su ceño!

O cómo raticinaba
el corazón su desprecio

quando dexar por España
repugnaba el patrio suelo!

Señora, vos que sabeis
los ocultos sentimientos

de Doña Rosa, decidme

de que nace su despego:
solos estamos, despues
de recibir, tendreis tiempo,
el tocador; respondedme.
Tiene ya elegido dueño
callais?

Mon. Sobre estas asuntos
tan sólo deciros puedo,
que yo soy una criada
de honor; y que los secretos
de los amos, nunca expio,
por no exponerme á saberlos.

Ben. Solo de nombre sabeis
que soy Indiano, y yo quiero,
por si acaso lo dudais,
que lo sepais por los hechos.
Vos estais acatratada,
y estos cinco caramelos
peruáanos, me parece
que os ablandarán el pecho.

Mon. Aunque dicen que se ablandan
los mas cerrados con ellos,
sé de cierto que en el mio
no han de hacer ningun efecto,
que en donde el honor es mas,
es lo ménos el dinero.

Ben. Admirado y sorprendido
me dexais á un mismo tiempo:
valgame Dios! Qué he de hacer?
entre mis dudas me pierdo,
y pues no tengo otro arbitrio,
temple el canto mis tormentos.

Seguidillas serias.

Ay de el que llora enojos
que no ha causado,
y carece de medios
para aplacarlos.

Apela al obsequio,
apela al alhago
y en vez de disminuirlos
los vá aumentando.

Ay del que llora enojos
que no ha causado

Al haber empezado las seguidillas sa-
le Don Diego, le oye un poco dando
muestras de que le ha sorprendido: en-
tra por Doña Rosa, la saca; y des-
pues de haber acabado de cantar

se vá dando una carcajada. Don

Benito la miray se vá despechado.

Dieg. De sus rarezas de usted ya se han visto los efectos.

Porque usted no la contempla, trata Rosa con desprecio

á su nobio; ya se vé,

si la están siempre oprimiendo,

no ha de estar de mal humor?

usted tiene muy mal genio,

y es muy tonta; si la boda

no se efectua por eso,

se acordará usted de mí.

Mon. Ha cabado usted Don Diego?

Dieg. Qué tiene usted que decirme?

Mon. Que con el permiso vuestro

me voy á Madrid.

Dieg. El coche

le tiene el Señor Don Pedro,

y no puede ser.

Mon. No importa

me ire á Madrid en volviendo.

Dieg. Despues que usted me há perdido;

ahora quiere huir el cuerpo.

Mon. Usted se pierde á sí mismo

despues le pierde el maestro:

de todo quanto aquí pasa

usted y él son causa de ello:

yo lo digo, si Señor.

Dieg. Siempre sale usted con eso.

Mon. Usted ha criado un toro

en la niña; despues de esto

el maestro es un tunante

un bribon, un embustero...

Dieg. Usted me quiere matar.

Mon. Qué le ha enseñado de bueno

hasta ahora? diga usted?

el no canta.

Dieg. Qué edefesio!

no canta, y hasta á la mi

llega con su voz.

Mon. Qué necio!

Despues no bay la una píeza,

ni entiende el Frances, ni el Griego;

apenas sabe escribir.

Dieg. Qué lengua!

Mon. Es un trapazero,

un embrollon.

Dieg. Y es el hombre

mas erudito del Reyno,

como que es Abate, y tienen

ciencia infusa los mas de ellos;

ahora sigue la carrera

diplomática.

Mon. Veremos

quien tiene razon.

Dieg. En fin, ¿usted se vá?

Mon. Por supuesto.

Dieg. Quanto antes será mejor.

Mon. Solo en este caso sientoo...

Dieg. No me rompa usted los cascós.

Mon. Venga usted acá Don Diego.

Siguiéndole.

Dieg. Agur. La da con la puerta en los

Mon. Siempre la verdad

tuvo por premio el desprecio.

En fin...pero el capataz

llega á este sitio á buen tiempo.

Sale Silverio con los mazos.

Silv. Llevad á dentro las hubas.

Mon. Sabes que me voy, Silverio?

Silv. Cómo pues?

Mon. Como he reñido

agriamente con Don Diego,

y así quisiera que el cofre

me ayudaras hacer.

Silv. Pero

el amo....

Mon. Nada dirá.

D. Dieg. Silverio?

Silv. Al instante vuelvo.

Sal. Man. Doña Monica?

Mon. Qué quieres?

Man. Venga usted por Dios corriendo,

que no dexa cosa á vida

la Señorita allá dentro.

Sal. Tom. Despache usted.

Mon. Voy á ver

si templar su furia puedo.

Man. Pero á la hermana de leche

de la Señorita veo.

Tom. A que vendrá ese animal?

Man. A llevarse algun vaquero,

que quando el ama reparta

quizá nos tocará menos.

*Se pasean divididas por el teatro
con muestras de enfado, y sale
Faustina, con una cantarilla de
leche y una cestita de madroños,
cantando la siguiente*

Cancion.

Faust. Cuando Bastiana
baxa al sotillo,
por donde pasa
nace un tomillo.
Y al ver su flor
los cupidillos
con sus piquillos
como abejitas chupan su humor:

Rep. Orrio? Orrio? No me entienden
rit acá? Sí, al otro cerro;
que bestias son que no entienden
lo que entienden los carneros:
ya se porque no responden,
querran que les llame aquello
que acaba en olla... no es olla
que acaba en cebolla... menos,
que acaba, que acaba en oña:
no es oña; pero me acerco,
le falta algo doña, doña,
Doña Orrio? Ya se riyeron.
Doña rit acá? Sin duda
tendrán otro tratamiento;
yo no se como llamarlas:
y supuesto que no vengo
á pedir, sino es á dar,
me voy á zampar á dentro.
Hay tantas puertas... por esta...
en estotra ruido siento,
allá voy.

*Al llegarse á la puerta, abre Doña
Rosa de pronto, y la dá en las narices,
y detras de ella sale Doña Monica.*

Ros. Dexeme usted.

Faust. Hay mis narices.

Ros. Qué es esto!

Faust. El demonio de la Doña...

Ros. La hice mal, mucho me alegro.

Faust. Pobre de mí, que es el ama!

Señora Ama, dixé aquello
de Doña... como la puerta...
como nada me dixerón...
luego usted, su Señoría,

gusta de madroños frescos,
y yo los traigo...

Ros. La sorna
que gastais las dos, celebros;
con que estoy...

Faust. Su Señoría
por gusto, quiere usted verlos?

Ros. Qué postema!

Faust. De esa fruta
dice mi tio Silverio,
que hay mucha en Madrid. Se come?

Ros. Dexame en paz.

Faust. Que mal genio.
si la postema es tan agria,
fuego en ella.

Ros. A decir vuelvo
que á mi vista no os pongais,
sin que traigais del Maestro
noticias.

Mon. Qué frenesí!

Man. Si nosotras no sabemos...

Ros. Pues saber.

Faust. Ese Señor,
es un mozito pequeño,
que va vestido de viudo,
y que lleva en el pescuezo
un collar azul, á modo
del que se pone á los perros?

Ros. Puede ser.

Faust. Pues él me envía
á decir que ha dado un vuelco (to...
muy grande el coche, y que en tan-

Ros. Dime, se llama D Pedro?

Faust. Yo no sé, tan solo oí,
que decian los cocheros,
quando la caja del coche
dió el batacazo en el suelo,
maldito sea el Abate
que el ganado nos ha muerto.

Ros. Ha brivones! Dónde está?

Faust. En la baxada del cerro,
se queda para limpiarse...

Ros. Qué, la sangre que se ha hecho?

Faust. No.

Ros. Ya me habia asustado.

Faust. Sino el polvo del sombrero,
y de los zapatos.

Ros. Toma

por la noticia.

Faust. Qué es esto!

que bonito relicario,

yo me le pongo en el pecho.

Ros. Abuelito, salga usted.

Man. Ves aquello?

Tom. Ya lo veo.

Man. Para los dos el trabajo.

Tom. De envidia estoy que reviento.

Sale Don Diego y Silverio.

Dieg. No le dexes ir, que Pepe

lo sentiria en extremo.

Silv. Está muy bien. *vase.*

Ros. Vaya, vamos

á recibir á Don Pedro,

que ya está aquí.

Dieg. Con qué vino?

ves cómo ha sido un entedo

lo que te contaron?

Ros. Vaya,

serviamé usted de brazero,

y tú tambien.

Se agarra del brazo de Faustina, y

de Don Diego, y hecha á acorrer,

Don Diego se suelta, no pudiendo

seguirla.

Dieg. Mas despacio.

Ros. Como usted está tan viejo...

Dieg. Muchacha ya voy, ya voy.

Mon. Habrá mayor majadero! *(ve sola)*

Ros. Con qué mano sobre mano vuel-

os estáis? Pues y el pañuelo?

Cómo no esté festonado

quando vuelva, nos veremos.

vase agarrándose otra vez.

Man. Dios mio, qué tarambana?

Tom. Dónde está su entendimiento!

Man. Y el nuestro que la servimos?

ve por la labor á dentro,

y dexemos esto á un lado.

Tom. Por la labor? Ya lo huelo:

yo quiero acabar las vueltas. *vase.*

Man. Yo tambien el alzacuello:

para hacer lo que una quiere,

una ama así es mucho cuento;

pero el reloj que le ha dado

á la pastora, no puedo

digerirlo; le aseguro...

Sale Tom. Toma y pasemos el tiempo.

Sale Don Benito.

Ben. Cansado de batallar

con mis tristes pensamientos,

y de averiguar la causa,

que dá motivo al despego

de Doña Rosa, á buscarla

vuelvo de temores lleno;

pero para ello, es preciso

que entre á buscar á Don Diego.

Entra en el quarto de Don Diego.

Man. Digo el novio: pobre diablo!

calla, que me ocurre un medio

de vengarme de ella.

Tom. A que

es el mismo que yo pienso?

Man. Vuelve á salir?

Tom. Si, y quíl est?

Man. Mi cantar-lo dirá luego.

Bolera.

Si una niña en diez años,

no se conoce,

como ha de conocerla

de pronto un hombre.

El que mas sabe,

es el que mas se clava

en esta parte.

Ben. Si esto lo dirá por mi?

al otro quarto pasemos,

que en caso ya me ha ocurrido

para averiguarlo un medio.

Entra al quarto de Doña Rosa.

Man. El amigo, ya lleva

buena pildora en el cuerpo.

Tom. Pues yo para quando salga

le voy otra previniendo.

Ben. Dónde estarán? A las criadas

preguntarselo resuelvo,

sabeis niñas por ventura,

donde encontraré á D. Diego?

Bolera.

Tom. Piensa en la novia el novio,

hallar un cielo,

y en vez de cielo encuentra,

luego un infierno.

Sean los novios,

que el casarse hoy en dia,

no es para todos.

Ben.

ACTO SEGUNDO.

Ben. Esto ya es mucho apretar,
de una vez salgamos de ello.

Tom. Cabizbajo se ha quedado,
mas lo estará con el tiempo.

Terceto.

Ben. Oye niña, aquí en secreto,
tu indirecta no he entendido,
tiene Rosa algun querido,
que me pueda dar temor.

Man. No se nada, no se nada,
yo me vuelvo á mi labor.

Ben. Oye niña aquí un recado,
tu misterio me amedrenta,
Doña Rosa entra violenta
en el vinculo de amor?

Tom. No se nada, no se nada,
yo me vuelvo á mi labor.

Saca D. Benito el bolsillo.

Las dos. Que reclamo tan sonoro!
al sonido que dá el oro,
yo no puedo tolerar.

Ben. Son medallas las que suenan.

Las dos. Como el corazon consuelan:
deme usted Señor un par.

Ben. Dime, tiene Doña Rosa,
entre manos otra cosa?

Las dos. Se murmura, se moteja,
que el Maestro la corteja.

Ben. Pero es cierto?

Las dos. No lo se.

Ben. Pues mis onzas guardaré.

Las dos. Oiga usted que ya lo sé.

Es una frenética,
es una lunatica,
es una colerica,
es una venatica,
y luego el maestro...
no se case usted.

Ben. Agradezco el desengaño,
y de él me aprovecharé.

Las dos. Oh qué gusto!

Ben. Qué despecho!

Los tres. Me parece que en el pecho.

Ben. Con la rabia.

Las dos. Con el gozo.

Los tres. Siento el corazon arder.

Salen corriendo por la puerta del foro

Doña Rosa y D. Pedro, canta

Doña Rosa lo siguiente.

Ros. El motivo de mi prisa,
solo es este dueño mio,
usted tiene mi alvedrio,
diga usted que debo hacer:
diga usted debo casarme?
Pero en vez de responderme,
no hace usted mas que mirarme:
yo no se que resolver.

Rep. Este es su quarto: ayer noche
llego para mi tormento,
sin ver á usted no he querido,
ni dar mi consentimiento,
ni menos verlo; uste ha sido
mi primer amor, y quiero
que sea el ultimo.

Ped. El asunto
exâminarlo debemos
con reflexion; nuestro amor
es platónico, y su objeto
no se dirige al delito,
ni tampoco al himenco,
sino á la union de dos almas,
que en amarse sin deseos,
fundan su logro. Las niñas
de un ilustre nacimiento,
por razon de estado deben
tomar esposo; y por eso,
caminar con pies de plomo
en el asunto debemos.

Digame usted, el Indiano
es hombre de muchos pesos?

Ros. Tendrá sus quatro millones.

Ped. En qué los tiene?

Ros. En dinero.

Ped. Me acomoda: tiene padres,
parientes, amigos, deudos?

Ros. No tiene á nadie.

Ped. No es malo
que no tenga consejeros.

Sus ojos de usted le han dado
flechazo?

Ros. Por mí está muerto.

Ped. Esto es lo mejor de todo.

Es ignorante, ó discreto?

Ros. De un talento regular.

Ped. Tomará usted mis consijos?

Ros. Haré quanto usted me diga.

Ped. De ese modo, hombre tenemos.

Usted se debe casar.

Ros. Pero como á usted le quie ro...

Ped. Eso no se dice. Quando se efectua el casamiento?

Quando enciende amor la antorcha de este placido himeneo?

Sale Don Diego por el foro con Doña Monica.

Dieg. Ya se lo ha dicho á usted?

Ped. Mucho.

Dieg. Y lo aprueba usted?

Ped. Lo apruebo.

Ros. Señor Don Pedro...

Ped. Usted calle,

y en todo siga mi intento.

Vamos, á dónde está el novio, que conocerle deseo?

Dieg. Don Benito, salga usted, que aquí está el Señor Maestro.

Sale Don Benito.

Ped. Amigo vengan los brazos; no he visto hombre mas bien hecho.

Qué hermoso talle! qué brio!

qué rostro tan hechizero!

solo usted de Doña Rosa,

podía ser digno empleo.

No en valde por su venida

tantos votos hizo al cielo

fervorosa. Qué promesas,

que novenarios no ha hecho

por usted! Como lloraba

al considerar los riesgos

de los mares! Ciertamente

no pudo el hijo de Venus,

enlazar dos corazones,

mas amantes que los vuestros.

Qué sorprende á usted? Qué tiene,

que parece que está lelo?

Un novio que está vecino

á mirarse de himeneo

coronado, está tan tivio?

Amigo, los Europeos,

en las visperas de amor,

tenemos el termometro

de la fineza en el grado

mas alto; para el desenso,

dexe usted la indiferencia,

ó sino para aquel tiempo

en que está amor displicente,

ó quiere placeres nuevos.

Dieg. Llega y dile alguna cosa,

Ben. Soi certisimo de genio.

Ros. Vaya, no sea usted así.

ya sabe usted que le quiero.

Ben. Sin duda para quererme

tendrá licencia del Maestro.

Bueno está.

Ros. Mireme usted.

Ped. Usted es un majadero

de primera clase.

Ben. Como

parezco á mi novia feo...

Ros. Si fué enchanza mono mio.

Ben. Asi Señora lo creo.

Dieg. Quieres todavía mas?

Ves como se está muriendo

por tus pedazos? Qué tonto!

No desperdicies el tiempo.

Ped. Delante de tanta gente

tiene en declararse miedo:

los tres iremos al rio

á tomar un rató el fresco,

y allí al ver á dos palomas,

como se dicen requiebros,

desde la copa de un arbol,

hará por seguir su exemplo.

Llevarémos á Madama,

con marcialidad enmedio,

un brazo usted, otro yo;

vamos, no sea usted lerdo.

Ben. Estos asuntos á un padre,

tocan mas bien que á un Maestro,

Dieg. El Señor es un amigo,

y tiene interes en ello.

Ped. Interes? Mas qué interes.

Ros. Debemos mucho á Don Pedro.

Ped. Tiene usted un don de gentes...

aunque pierda mis ascensos

literarios, esta casa

no dexaré en ningun tiempo.

Ros. No faltaba mas. Del dote,

el articulo primero será usted.

Ped. Yo se una dama que hizo poner los falderos.

Ben. Como de esos dotes hay de tales muebles compuestos.

Ped. Si esto se compone, los dos tambien nos compondremos. Yo le dare á usted lecciones, para conllevar el genio de Madama; y quando hubiese algun nupcial rompimiento, sere el iris de la paz, los enojos suspendiendo.

Ben. Valgame Dios! Quanto distan vuestros usos de los nuestros!

En la America, un marido no ha menester compañero para querer; ni si riñen necesita medianeros, para hacer las paces; nadie tiene parte en sus secretos, y á mí si llego á casarme me sucederá lo mismo.

Ped. Hombre, ni los Portugueses son tan zelosos, y necios como usted: con que usted piensa que aun estamos en los tiempos obscuros, en que un marido era un compañero eterno de su muger? la muger

yá salió del cautiverio fastidioso en que la puso la barbatie de los zelos. Ya vá sola á todas partes, ó servida del cortejo.

Yo no se como las pobres la paciencia no perdieron, con la maza del marido: marido para el almuerzo; marido para la cena; marido para el refresco; marido para el teatro; marido para el paseo, marido para el estrado; y marido para el lecho. Y marido á todas horas huele á puchero de enfermo.

Ros. Qué pico de oro!

Mon. Que pico, para cortado tan bueno!

Ben. Es verdad, que la costumbre autoriza al bello sexó para ciertas libertades;

pero es preciso primero saber si esas libertades las autoriza el respeto;

no digo yo que un marido deba ser argos eterno de su muger, ni un tirano

que la oprima con exceso; pero la que se convenga á admitirme por su dueño,

sin ser maza fastidiosa ha de saber que yo quiero,

la muger para la cena; la muger para el refresco;

la muger para el teatro; la muger para el paseo;

la muger para el estrado, y la muger para el lecho;

que una muger buena al lado honra al marido y al sexó.

Ros. Qué ridiculeza!

Ped. No importa: estos que hacen juramento de ser maridos caribes

son los mas tratables luego, en fin no hay que dar cuidado

á usted, y yo le domaremos.

Dieg. Vámonos allá.

Ros. Mire usted, que no han de estar los cocheros mas en casa.

Dieg. Por que causa?

Ros. Por que han volcado á Don Pedro.

Dieg. Déjalos ya.

Ros. No Señor, que han de salir al momento.

Ped. Dexelos usted. Los hombres visibles deben lo menos

volcar una vez al mes. Nunca he estado mas contento

que quando vi el zaparrazo que dió el coche contra el suelo. Esto no es nada; y un macho

- que atropello á unos manchegos!
Si fué un gusto.
- Ros.* Por la gracia á los cocheros,
defe usted á los cocheros,
media onza á si Abelito?
- Poco estimo al deintero.*
- Ped.* Y al tronquista no?
- Ros.* Lo mismo.
- Dieg.* Ha almorzado usted Don Pedro?
- Ped.* Todavía no.
- Ros.* Por qué no lo ha dicho usted? Corriendo de almorzar para el Señor.
- Mon.* Tengo que hacer allá dentro.
- Ros.* Estas ñoñas me corrompen.
- Dieg.* No te sofoques por eso, que dercamino que voy á verme con los cocheros, mandaré que se lo traygan.
- D. Pedro,* trae úste aquello? *apart.* el especifico.
- Ped.* Como tantos asuntos á un tiempo tengo en la cabeza...
- Dieg.* Ya.
- Ped.* Si usted quiere aquí lo haremos.
- Dieg.* Ahora voy á lo que importa, y á mirar si per el cerro se asoma mi Pepe. A Dios.
- Ros.* Diga usted, y no sabremos como ha tardado usted tanto?
- Ped.* No empieze usted con sus zelos. Ya sabe usted los encargos, los muchos conocimientos que yo tengo; hasta las dos me estuvo el Baron moliendo sobre un asunto muy grave.
- Ros.* Y qual es, Señor Maestro?
- Ped.* Le ha dado á seis señoritas palabra de casamiento; y ahora el infeliz no sabe como salir del empeño.
- Ros.* Le está muy bien empleado, por querer tantas á un tiempo.
- Ped.* Unas de otras lo sabian, y con todo le creyeron; si en el dia las mugeres son muy tontas.
- Ros.* Ha! Siendo eso duro.
- Ped.* Pero yo con bien le sacare del empeño. Mientras duró la consulta, quantos recados lluyeron de otras partes, porque fuese! Pero como yo en el juego estaba engolfado...
- Ros.* Qué, jugando usted?
- Ped.* De mi reniego, que se me escapo. Señora, el juego que en el entedo se ha de hacer, quise decir... hasta que las quatro dieron no me recoji, y despues de reconciliar el sueño media hora, sin ver á nadie en alas de mis deseos, sin almorzar, y aporreado he llegado medio muerto á la mansion de las gracias, á los jardines de venus; á borrar con sus delicias los pasados contra tiempos.
- Ros.* Bravisimo.
- Ped.* Gracie gracie.
- Ros.* O lengua de caramelo!
- Ped.* Por, usted no hay sacrificio que mi amor no haga en su obsequio.
- Ros.* Pero haciendo usted lo mas, no quiere úste hacer lo menos.
- Ped.* Pidame usted imposibles, que yo me obligo á vencerlos.
- Ros.* No pido tanto.
- Ped.* Hable usted.
- Ros.* Yo hablaria, pero temo...
- Ped.* Pida usted lo que usted quiera, que todo se lo concedo.
- Arietilla.*
- Ros.* Como me caso contra mi gusto, será el disgusto fruto de amor. Sentir, penar, gemir,

llorar,
es lo menor,
que he de pasar.
Mis pucheritos,
mis suspiros,
mis lagrimitas,
empapaditas,
en este lienzo,
puedes mirar.

No me entiendes?
¡duro afán!
si las hijas de mis penas,
no penetras facilmente,
mis ojillos claramente
lo que quieren te dirán.

Pedr. Venga usted acá, y mas claro,
explíqueme ese concepto.

Ros. Todo se reduce á un punto.

Pedr. Y qual es?

Ros. Que nos casemos.

Pedr. Casarme? No sabe usted
que es para mí un sacrilegio?
¡Yo casarme! Soy Abate
bravio acaso? Eso es bueno
para aquellos Abatillos
de baxa extraccion. Aquellos
que para hacerse eruditos
se valen del ornamento
de la capa, ó se dedican
á traducir papelejos?

Ros. Como lo han hecho infinito?

Pedr. No me ponga usted exemplos
de Ex-Abates, que me irrita
quando hechos padres los veo.
Señora, la castidad
es el principal objeto
de un Abate; los Abates
para amigos somos buenos,
pero no para maridos.

Ros. No se altere usted por eso.

Pedr. Yo ultrajar la castidad!
al pensarlo me estremezco!

Ros. Hagase uste un poco de ayre.
Que esto no vea mi Abuelo?
si es un bendito.

Pedr. Señora,
de otros asuntos tratemos.

Ros. Está usted ya mejorcito?

Pedr. Mejor estoy. Y el almuerzo,
quando viene? En esta casa
parece que no hay gobierno.

Ros. Quiere usted que de familia
haga que mude mi Abuelo?

Pedr. Dexelo usted por ahora.

Viene ó no viene ese almuerzo?
Sale Man. Aqui está... con el almuer-

Pedr. Llévadlo al quarto.
á Dios hermoso embeleso.

Man. Estese usted quieto.

Ros. Que hablas?
siempre habeis de estar gruñendo.

Pedr. Vamos allá.

Ros. Esta mañana
he tenido un buen encuentro.

Pedr. Como pues?

Ros. Como me ha dado
este bolsillo mi Abuelo.

Pedr. Don Diego es muy generoso;
quantas onzas tiene dentro?

Ros. No lo se.

Pedr. Vamoslo á ver.

Es un animal Don Diego:
no se les da á los muchachos,
de una vez tanto dinero;
que es enseñarlos á ser
disipadores con eso.

Ros. Si usted teme que lo gaste.
guardemelo usted Don Pedro.

Pedr. Yo no quiero esos cuidados.

Ros. Porque no quisiera luego...

Sale Man. Ved que se enfrían las ma-
gras. *vase.*

Pedr. Despues de eso trataremos.

Ros. Primero quiero que usted...

Pedr. Yo de intereses no entiendo.

Ros. Y si luego lo mal-gasto?

Pedr. De acomodarlo veremos.

Ahí ha traído de Italia
un profesor-extranjero
una porción de tocatas,
de Ayden, y otros maestros
famosos...

Ros. Y quanto piden?

Pedr. Me parece que quinientos
reales.

Ros. El caso es

- que yo no se si los tengo.
 Diga usted , quinientos reales
 son seis onzas? *se las dá.*
- Pedr.* Ni por pienso.
- Ros.* Quantas faltan?
- Pedr.* Otras tres.
- Ros.* Siendo asi lo dexaremos.
- Pedr.* Por qué?
- Ros.* Porque no hay mas que una.
- Pedr.* Venga Señora el dinero.
 Soy yo acaso algun tacaño?
 Yo le prestaré á uste el resto.
- Ros.* Pocos miran como usted
 por el interes ageno.
- Pedr.* Yo soy así.
- Sale Man. y Tom.* Señorita
 no detenga usted al Maestro.
- Ros.* Teneis razon.
- Tom.* Vaya , vamos.
- Pedr.* No viene usted?
- Ros.* Como espero
 á Padre.
- Pedr.* Lo mismo tiene
 que le espere usted adentro.
- Ros.* Dicé usted bien.
- Sale Mon.* Señorita?
- Ros.* Don Fastidio. Que hay de nuevo?
- Mon.* Que ya el coche de colleras
 de papá se ve en el cerro.
- Ros.* Tiempo hay para recibirle.
- Pedr.* Aqui el temporal y eterno
 traigo á usted.
- Mon.* Leale usted,
 y aprenda sus documentos.
 Vaya vamos.
- Ros.* Que cansada!
 Venga usted tambien Don Pedro.
- Pedr.* Yo no debo presentarme
 hasta su debido tiempo. *vanse.*
 Parece que en esta pieza
 corre un poco mas el fresco
 que en la otra.
- Man.* Diferencia
 hay.
- Pedr.* Traedme aqui el almuerzo. *(se.)*
 Esta casa me promete
 considerables aumentos :
 los novios son dos muchachos,
- tienen muchisimos pesos;
 el pan de la boda pronto
 se acaba . . . luego el exemplo . . .
 cada uno ira por su lado . . .
 de cada uno chuparemos.
- Sale Man.* Almuerce usted.
Tomasa saldrá tambien con el almuerzo.
- Pedr.* Que muchachas !
 lastima es que esteis sirviendo?
- Tom.* No me crié en estos trapos.
- Man.* Ni yo naci para ello.
- Pedr.* Bien se conoce.
- Tom.* Asi usted
 nos sacara de este infierno.
- Pedr.* Quien sabe ; no faltan novios ;
 pero son tan majaderos . . .
 Quieres tu á un entretenido?
 quieres tu Tomasa á un viejo?
 No os gustan? pues una niña
 no puede hacer casamiento
 mas ventajoso en el dia
 para vivir con sosiego.
 Uno por sobra de años,
 y otro por falta de pesos,
 son los novios mas buscados
 y hallados en estos tiempos.
- Mon.* Yo le quiero de oficina
 con mil ducados de sueldo.
- Tom.* Yo le quiero mercader, (cho.
 que es hombre de honra, y prove-
Ped. tomad esta fincica;
 no direis que no os obsequio.
- Man.* Lo estimo.
- Tom.* Infinitas gracias.
- Man.* Viene aquello?
- Ped.* Qué es aquello?
- Tom.* Viene el encargo?
- Ped.* Qué encargo?
- Las dos.* Lo repetiré de nuevo.
Duo.
- Tom.* Mire usted, por estas pecas,
 no me quieren muchos novios.
- Man.* A mi por la dentadura,
 me echan con dos mil demonios.
- Las dos.* Si usted nuestro bien procu-
 en su mano de uste está. (ras)
- Tom.* De la pomada,
 como quaxada.

Man. De aquella aguita coloradita.

Las dos. Una poquita, podia darnos en caridad.

Tom. Para usted tengo estas vueltas.

Man. Yo este famoso alzacuello.

Las dos. Ya se ha convenido á ello, que favor tan singular? ó frasquillos agradables! ó frasquillos admirables! quanta fea por bonita en Madrid haceis pasar!

Pedr. Si con quatro mil personas pudiera tratar á un tiempo, sabria á las quatro mil conllevar á un tiempo el genio. Pero aqui con un Negrillo parece viene silverio:

Salen Silverio y Juan Josef.
voy á ver si á su sobrina por estos patios encuentro. Quando la hallé en el camino, que me enamoró confieso.

Silv. Ese es su quarto, Negrillo.

Juan Pues la Arquita llevaremos.

Pedr. Seran joyas; me acomoda. Silverio?

Silv. Señor Maestro?

Pedr. Toma estos quantos habanos que te traigo.

Silv. Lo agradezco.

Pedr. Tu sobrina es muy hermosa.

Silv. Pero es un bruto tremendo.

Pedr. Me ha gustado. Hasta despues; en rezando nos veremos. *vase.*

Silv. Con estas cosas á todos procura tener contento; pero no enaxa. Los Amos á este sitio van viniendo.

Coro.

Mientras el coro, salen Don Josef, Don Diego, Doña Rosa y Doña Monica.

Juan Ya la alquiya está en su quarto, conforme usía lo ordena.

Josep. Está bien. Ahora dispon

que descarguen las maletas, los baules y caxones, en la puerta de la Huerta.

Dieg. Mas grande es.

Josep. Por eso mismo: ha hecho usted famosa pieza aqui, Padre.

Dieg. No está mala.

Ya ves que robusta, y bella te he criado la muchacha.

La mano á tu padre besa,

Rosita.

Ros. Papá la mano.

Josep. Quando á besarmela vuelvas, te has de poner de rodillas; lo entiendes? Y porque sepas que ni la edad, ni el empleo de esta obligacion dispensan á los hijos, tu descuido corrijo de esta manera. *(rodilla.*

Ros. Deme usted su mano padre. *se ar-*

Dieg. Dexate hombre de etiquetas, toma los brazos.

Josep. Los padres así á los hijos enseñan.

Dieg. Muchacha mejor criada que la tuya, no se encuentra en Madrid.

Josep. Así lo creo; baxo la custodia vuestra, y la de un Aya prudente, como la que tiene, es fuerza que esté Rosita educada tan bien como la primera.

Mon. En su educacion, Señor, no he omitido diligencia; pero...

Josep. Se vuestra eficacia, y vuestras brillantes prendas por vuestro tio.

Dieg. Despues tratareis de esas materias. Sabes Pepe lo que digo?

Josep. Qué padre?

Dieg. Que representas veinte años mas que tu padre.

Josep. Las fatigas de la guerra, los cuidados de un gobierno...

Dieg.

Dieg. Hombre quantas canas peinas:
tu estas mas viejo que yo.
Al verte dirá qualquiera
que eres mi padre. Pepito
para los dos ¿donde quedan
los tesoros, las bajillas,
las alhajas, y preseas
que adquiriste en el gobierno?
donde están?

Jos. En mi conciencia,
en el honor.

Dieg. Ya se yo
de la manera que piensas;
pero como allá se ahorra....

Jos. Lo harán aquellos que puedan;
pero yo vengo empeñado.

Dieg. No te me vengas con esas....

Jos. No lo dudeis; y aunque el Rey
mis méritos recompensa
con un gran sueldo, no es dable
que pueda pagar mis deudas,
si la boda de mi hija
no se efectua: le peta
el novio?

Dieg. Por él se muere.

Jos. Y Benito gusta de ella?

Dieg. Lo propio. Pero la enfada
por la cortedad que muestra.

Jos. Donde está?

Dieg. Estará en su quarto.

Jos. Mucho estraño que no venga
á recibirme. No importa,
con él no gasto etiquetas,
luego lo veré, y la boda
dexaré con él compuesta.

Quien es esa pastorcita?

Silv. Una servidora vuestra,
y mi sobrina.

Jos. Ha crecido.

Silv. Pero es cada vez mas bestia.

*Sale Faustina sin atender á nadie
llorando.*

Canta.

Faust. Mire usted, mi tío, que aqui
me le vió;
mire usted, mi tío, no se que pensó
que me le quitó,

ay pobre de yo!

Se queda á un lado sollozando.

Jos. La sobrina de Silverio
es lo mismo que unas perlas.

Dieg. Esa es hermana de leche
de Rosita. No te acuerdas?

Jos. No me he de acordar ¿qué tienes?
el sollozo no la dexa
proferirlo. Que te han hecho
que tanto llanto te cuesta?

Faust. Mire usted, mi tío, que aqui
me le vió;

mire usted, mi tío, &c.

Jos. Que te ha quitado tu tío?

Faust. Me ha quitado... su excelencia,
usía, usted que lo sabe,
á volver por mi honra venga.

Jos. Quien te la quitó?

Faust. Mi tío.

Jos. Tu tío? De que manera?

Faust. Diciendome que yo soy
que se yo... que á una doncella
no le es lícito tomar...
que he perdido la verguenza;
y como yo no se donde,
ni como pude perderla,
ando de aqui para alli
como loca, en busca de ella.

Jos. No regañes á la chica.

Silv. Noramala para ella.

En vuestra casa le han dado
segun dice aquesta muestra;
ella es linda, ya lo veis;
y si alguno lo supiera
diria siendo mentira,
que era con siniestra idea.

Faust. Ahora señorita es tiempo
de que usía me defienda.

Ros. Yo le di, padre, el reloj.

Faust. Ya se ve que sí, por señas
que fue por que yo le dixé,
que un señor estaba cerca.

Jos. Si fue por Benito, aplaudo
infinito su franqueza.

Faust. No es Benito, un Señor viudo,
que tiene una capa negra
chiquitita?

Jos. Quien es ese?

Dieg. El que á la muchacha enseña.

Jos. No está tan bien educada la muchacha como cuentan, y me es sensible. Estas ayas son solo unas bachilleras.

Quando des alguna cosa no la has de dar por grandeza, ni capricho, sino solo porque resulte bien de ella.

Lo has entendido? Una vez que aun no son las nueve y media, quiero descansar un rato.

Dieg. Este es tu quarto.

Jos. Quisiera... nada; donde esta Benito, padre?

Dieg. Está en estotra pieza.

Jos. Esta aya...el Maestro... en fin, esto requiere prudencia.

Dieg. Parece que estas confuso, Pepe?

Jos. El sueño me molesta.

Dieg. Vamonos.

Ros. Que mala cara tiene papá.

Dieg. No quisiera que despertasen á Pepe, hasta que las once dieran.

Ros. Diga-elo usted al negro.

Mon. Dónde está el negro?

Dieg. Allá fuera, á Dios. *vanse.*

Jos. Ya se fueron todos, bien me ha salido la idea; el descuido de Benito mis confusiones aumenta, entro á verle; que he mirado! Discursivo se pasea.

Que es esto, que á mi venida no das de alegría muestras? Tú tienes alguna cosa.

Sale Ben. Me acordaba de mi tierra, y envevido en su memoria, se me pasó...

Jos. Tú tristeza dimana de otros principios, no quiero nada por fuerza; si Rosa no te ha gustado

dilo claro, nada temas; ya sabes con la honradez, y el desinterés que piensa tu amigo y padre; habla claro: te parece Rosa fea?

Ben. No Señor, muy al revés.

Jos. Discurres que es altanera?

Ben. No por cierto.

Jos. Tiene cosa que se oponga á su modestia?

Ben. Lo contrario.

Jos. Te parece que seras feliz con ella?

Ben. Como tan poco la he visto...

Jos. Quieres mas despacio verla? Ló apruevo... pero te gusta? Sin responderme me dexas?

Ven áca que has visto en Rosa?

Ben. Nada Señor, que no sea propio de su lustre; pero

que se yo... las Europeas... hay tanto luxô en España...

pues Señor, mi indiferencia al amor, ha dimanado de una reflexion muy seria,

que hice sobre esto, y el juicio aprendió por medio de ella, que la molicie, y el luxô

que en las Europeas reyna, amortiguó los afectos que engendra naturaleza

en las mugeres que fundan su ambicion en ser caseras; me hizo ver palpablemente

que muy pocas de ellas piensan, que deben sus diversiones ser su familia; la tierna

complacencia del hijo, que con su sangre alimentan, su satisfaccion; el zelo

de su casa, y la obediencia al esposo, sus placeres. Este descuido que muestran

á sus deberes, y el ansia que en dexarse ver emplean, á que juntan el cuidado de engalanarse, de ir sueltas

por las calles, y tener

maestros que las enseñan
 con pretexto de instruir las,
 cosas que ignorar debieran;
 dá á entender , que vendrá dia,
 que el decoro , la modestia,
 la fe conyugal del sexô,
 tendrá que huir á las selvas,
 á fundar en los hogares
 del pobre su residencia,
 si es que dexa la locura
 que aun entre ellas permanezca.
 Esta pintura infeliz,
 que con tintas tan horrendas
 hace el discurso á la vista
 de la corrupcion que reyna
 en las costumbres , no tiene
 en vuestra hija trascendencia;
 pero soy raro; y en tanto
 que estos abusos no vea
 corregidos, al amor
 pienso cerrar las orejas,
 dedicando el tiempo ocioso
 á las delicias que engendra
 la lectura de los libros,
 y la amistad verdadera.

Arietilla.

El que vé el mar ay rado
 y su furor provoca,
 si en sus escollos choca,
 no se queje del mar.
 Quejese de su arrojo,
 quejese de su antojo,
 que el que desprecia el riego,
 su efecto ha de provar.

Jos. Valgame Dios! Qué de dudas
 ha concebido la idea
 sobre Rosa , infeliz hija!
 Infeliz padre , si fuera
 de esta critica ella el blanco;
 pero averiguarlo es fuerza
 para ver...

Sale Juan por el foro.

Juan. Ya siol esta
 levantado

Jos. Dí que venga
 mi padre ; marcha que tardas?

Juan. Doña Monilga , quisiera
 hablar á Usia.

Jos. Monilga?

Qué Monilga?

Doña Monica se dexa ver por la puerta del foro.

Juan. Siol, aquella
 banca , que el vestido negro
 por las espaldas le cuelga.

Jos. No te entiendo.

Juan. Pues Siola,
 siol no entiende las señas.

Jos. Con quien hablas?

Juan. Con la banca
 que trae el vestida negra.

Sale Doña Monica por el foro.

Mon. Conmigo.

Jos. Y qué quiere usted?

Mon. Hablar á Usia quisiera
 á solas , por un momento.

Jos. Salte Juan Josef allá fuera.

Vase el Negrillo.

si viene á que la regale,
 muy mal regalo la espera. *ap.*

Qué tiene usted que decirme?

Mon. Dos palabras, que son éstas.
 Yo he resuelto irme á mi casa,
 si Usia me dá licencia.

Jos. Estraño , que para hacerlo
 esperara usted mi vuelta.

Mon. Sino lo hubiera hecho así,
 ni con Usia cumpliera
 ni conmigo ; quando á Usia
 mi tio le dió allá cuenta
 de la eleccion que en mi hicie-
 ron,

nombrandome por maestra
 y aya de la señorita;
 demostró su complacencia
 y aprobacion , escribiendo
 que la niña subsistiera
 hasta su vuelta , al cuidado
 de una muger de mis prendas.

Jos. Es verdad quanto usted dice;
 pero fue en la inteligencia
 de que usted con sus deberes,
 como era justo cumpliera.

Mon. Por no poderlos cumplir,
 tomo aquesta providencia.

Jos. Pues quien se lo estorva á usted?

Mon.

Mon. Señor , hay ciertas materias tan delicadas... no debo, ni puedo mezclarme en ellas.

Jos. Usted con esas palabras, de confusiones me llena... venga usted aca , no hay cosa que no aumente mis sospechas... usted dice que se vá, porque cumplir no la dexan con sus deberes?

Mon. Es cierto.

Jos. Quién no la dexa?

Mon. Sintiera....

Jos. Hable usted claro , qué duda?

Mon. De Usia la trascendencia sin que nadie se lo diga, conocerá bien apriesa de la mala educacion de su hija , la primera causa.

Jos. El mimo de mí padre...

Mon. Mejor fuera que dixera Usia la corrupcion, que en la educacion moderna se ha introducido. Los padres ni su vigilancia emplean, ni su conato en que una hija con la educacion adquiriera una alma noble y constante, una intencion sana y recta, un corazon que en sí encierre la semilla de las buenas obras , y de las virtudes que ha de practicar ; emplean su conato y vigilancia en que aprenda vagatelas, que si no son perjudiciales, á lo ménos son superfluas. Señor , quando el desarrollo de los sentidos empieza, quando la razon descubre aunque en sombras sus ideas, un maestro del bolero, del instante se aprovecha, y aquel pequeño talento, que la niña manifiesta, hace que lo emplee todo en mover los pies , y piernas.

La educacion de una niña, por este principio empieza, quáles son despues los fines, el principio manifiesta.

Jos. Y mi hija está educada con máximas tan perversas?

Mon. Si Señor.

Jos. Luego mi padre...

Mon. La mucha condescendencia de su merced , dió motivo á que la niña adquiriera á lo primero resabios, que tarde ó nunca se dexan. Despues su credulidad, le sugetó á las ideas de un Abate , que á la niña tiene la cabeza vuelta.

Jos. Digame usted , y ese Abate abusó de su inocencia?...

Mon. Estaba yo de por medio.

Jos. Respiremos. Qué la enseña?

Mon. Nada , porque nada sabe.

Jos. Por qué padre le tolera?

Mon. Su mucha credulidad... el mucho amor á su Nieta...

Jos. Pero quien es ese Abate que tanto daño acarrea?

Mon. Un tuno , que habiendo sido inútil para las Letras y las Artes , se vistió de Abate , y con esta treta, se introduxo en los estrados, en los cafés , y las tiendas de Madrid , donde ha logrado porque canta , representa, y bayla ; que por el hombre mas erudito le tengan, y civilizado ; ahora, segun él dice , se emplea y se fatiga en sacar del seno de la baxeza y la barbarie á las Damas Españolas ; y pues queda de todo Usia informado, yo me voy con su licencia.

Jos. No abandone usted á un padre, en situacion tan adversa: qué arbitrio adoptar podría

para enmendar sus demencias?
Bastará el de el matrimonio?

Mon. Con él tomarán mas fuerza.

Jos. Y encerrarla en un convento?

Man. A despecharse está expuesta.

Jos. Y dando á usted facultades?

Mon. No quiero que otra vez vuelva
á castigar mis avisos,
con acciones muy groseras.

Jos. No me dexé usted: apliquemos
el remedio que convenga
á su enfermedad.

Mon. Bien pronto
los tristes efectos de ella,
para aplicarle el debido,
darán á Usia materia.

Jos. Está bien; pero mi padre...
A fin de que no comprenda
que caminamos de acuerdo,
vayase usted á esotra pieza.

Mon. Para complacer á Usia,
no habrá cosa que no emprenda.

Jos. El exámen de este asunto,
remitiéndolo á la experiencia
es necesario; deseaba

Sale Don Diego.

con afán que usted viniera,
para hablar de Rosa; tantos
primores de ella me cuentan,
que estoy absorto.

Dieg. Por muchos
elogios que te hagan de ella,
se quedan cortos. Con solo
decir, que antes que tuviera
siete años, ya redoblaba
mucho mas las castañuelas
que otra de quince, veías
si su merito exágeran.

Jos. Con qué tan bien toca?

Dieg. Sobre
que arrebatara las potencias.
Tú querrás verla?

Jos. Pues no?

Dieg. Yo dispondré que la veas,
sin ser visto, que los padres
siempre á los hijos sujetan.

Jos. Quéndo la veremos?

Dieg. Luego,

Pepe mio, en esta tierra,
la mayor gloria de un padre,
es tener la hija bolera.

Jos. Ya lo sé. Siglo ilustrado,
edad en que todos piensan;
si tu ilustracion se funda
solo en estas bagatelas,
el tiempo de la ignorancia
al ilustrado suceda.

ACTO TERCERO.

*Aparecen acabando de comer debajo
del emparrado, Silverio, Manuela,
Tomasa, Juan Josef cantando
el siguiente.*

Coro.

Brindemos á Baco,
brindemos á amor,
con el dulce nectar,
del suave licor.
viva Baco, viva amor.

Sale Don Josef.

Jos. Juan Josef, luego que acabes,
vente conmigo á esta pieza.

Juan. Está bien siol.

Jos. Los criados,
ya se sabe, que en la mesa
es donde contra los amos,
desenfrenan mas la lengua,
y así quiero...

Juan. Ya acabé;
que es lo que Usia me ordena?

Jos. De qué asunto en la comida
han tratado las doncellas?

Juan. Primero hablaron de cosas,
que el Negliyo no penetra.
Despues dixeron que Usia,
trae á trompones talegas
del Perú, y me preguntaron,
si sabia quantas eran.

Luego dixeron que el novio
mira con indiferencia
á la novia; que Don Diego,
el amo mayor chochea,
que Neglos no somos hombres...

Jos. Hombres son, aunque se empeñan
ciertos Europeos cultos,

en tratarlos como á bestias.

Juan. Que las señorita tiene los cascós á la ginetá...

Jos. La señorita!

Juan. El Negrilla; sino que maldita lengua...

Jos. Te equivocastes. Finjamos. Del Abate que la enseña, qué dixerón?

Juan. El Abate, es una aguacila negra, que en vez de ver por los ojos, ve por un vidrio que lleva en la mano?

Jos. El propio.

Juan. Pues de ese hicieron las doncellas mil elogios.

Jos. Y Silverio, apoyaba sus ideas? Qué decia?

Juan. Las miraba: hacía hu! Y la botella empinaba.

Jos. Es necesario que averigues con cautela, lo que dice del Abate, la familia, lo que piensa de él; en fin sí... Nada mas, esto me basta que sepas, y me lo diras despues sin que ninguno lo entienda. estas?

Juan. Ya comprendo á usia.

Jos. Cuidado con que me vendas *vas*.

Juan. Soy Negro leal, y en el alma he sentido la advertencia: ya comieron, por si vienen hácia aquí de sobremesa á hablar; voy por la bandurria, para encubrir mis ideas.

Salen Manuela y Tomasa por la puerta del foro.

Terceto.

Las dos. Entre tanto que los amos, gozan del jardin ameno, compañera, será bueno, la ocasión aprovechar.

Tom. Este quarto, un espejo ha de tener...

Man. En esotro, otro juzgo que ha de haber.

Las dos. Probaremos los efectos, de estos frascos tan selectos, que dan brillo á la muger.

Antes de haberse acabado el duo, sale Juan Josef con la bandurria en la mano.

Juan. Si lo negro enamoramó, á la banca que queremos, al instantiro la damo, todo aqueyo que podemos. Como el oro damo del Perú, nos hacen las bancas el bú, lu lu lu.

Pues nó hacen caso, á abrir yo paso, siola doncella?

Tom. Quien llama? *desde dentro.*

Juan. Yo.

Tom. Achi. *asoma la cabeza, y cierra pronto.*

Juan. Pues me ha espantado, iré á este lado, siola doncella?

Man. Quién llama? *desde dentro.*

Juan. Yo.

Man. Achi. *desde dentro.*

Juan. Oye chiquita.

Tom. Achi.

Juan. Oye monita.

Man. Achi.

Las dos. Achi achi achi.

Juan. maldita, maldita, lo que lois dexar, que tanto estornudo, me hace estornudar.

Salen Don Pedro.

Ped. Qué escandalo! Qué maldad! con un negro unas doncellas? Sabeis que es un negro?

Juan. Un hombre como tú, y como qualquiera.

Ped. Es verdad; pero se forman del pos de naturaleza, y así, á esclavos de blancos,

el

el destino los condena.

Juan. Sobre eso:—

Ped. Vete de ahí.

Juan. Siol dice...

Ped. Salte hallá fuera.

Juan. Ya nos vamos; á escuchar desde el cancel de la puerta. *vase.*

Man. Qué no nos dice usted nada?

Tom. Usted de nada se acuerda? mirenos usted.

Ped. Lo veis?

Man. Si este recurso no hubiera, pobres feas.

Ped. Qué las lindas no se valen de esta treta igualmente? Sin el arte, qué sirve naturaleza?

No nos cansemos, sin él no hay hermosura perfecta:

La quebrada de color,

la emborronada de pecas,

la escurrida de cintura,

la de estatura pequeña,

la calva, la juanetuda

á no ser por la manteca,

los tacones, el peynado,

el *puf*, y el *rus*, consiguieran

hacer alardes de hermosas

aunque mas hermosas fueran

que la madre Venus? Hijas,

la belleza descompuesta

de nada sirve, es preciso

con el arte componerla.

Tom. Y las gentes no conocen, que es contra hecha esa belleza?

Ped. Como de esas cosas y otras tragan en Madrid contrahechas.

Man. Lo que sabe usted, D Pedro!

Ped. No ves que he sido, Manuela,

de aquellos que no háy cotarro

en la Corte que no sepan?

Yo he sido puntal perenne

del mostrador de las tiendas

de la Puerta del Sol. Yo

he sido el primer adleta

del Prado; yo he gorbornado

el patio de la comedia,

yo he paseado los claustros

de la Soledad las siestas de verano, donde el fresco y las noticias encuentran los vergonzantes ilustres, que viven junto á las tejas. Yo he sido el primer hermano de la santa caldereta de los Capuchinos; yo he leído la Gazeta por un cuarto, y el Diario por un ochavo; y en prueba de que sé de todo, he sido chulo de á pie de una vieja: con que habiendo sido tanto, no es raro que tanto sepa.

Tom. Y era por necesidad?

Ped. No te imaginé tan bestia.

Los hombres de mi caracter, se humillan por opulencia.

Man. Como de esos yo conozco.

Ped. Qué la pastora no venga!

Tom. Qué busca usted?

Man. A su sombra.

Ped. Quién es mi sombra, Manuela?

Man. Hagase uste el tonto.

Tom. Vaya, regalale las orejas, dile que es la Señorita.

Ped. Qué locura! Aunque eso fuera, á su consorte futuro renuncio la pertenencia.

Tom. Vaya vaya...

Ped. No seas tonta.

Tom. No lo creo.

Ped. No lo creas.

Man. Qué le parece á uste el novio?

Ped. Me parece... Pero él llega: idos, que á tratar con él he venido una materia.

Man. Si es la pastora.

Ped. Idos digo, y no seais mas bachilleras.

Tom. No se enfade usted por eso.

Man. Vamos á dormir la siesta. *vanse.*

Ped. Aunque soy el protector de esta clase de bellezas; en todo tiempo antepongo, las simples á las compuestas.

Sale Fuastina distraida.

Canta.

Resuelvo que si,
resuelvo que no,
y entre no, y que si;
y entre si, y que no;
ni resuelvo si,
ni resuelvo no. (tas)

Ped. Aquí no hay trampa: aun intac-
mirandola con el antejo.

las perfecciones conserva.
Ven acá, qué estas pensando?
Piensas sobre la materia
que te dije?

Faust. Si señor.

Ped. Y qué resuelves sobre ella?

Faust. Resuelvo que si,
resuelvo que no,
y entre no, y que si, &c.

Ped. Puesto que nada resuelves,
quedate con tu indiscreta
irresolucion; que á mi,
nada me importa que vengas,
ó que no vengas.

Faust. De modo,
que yo bien me resolviera,
si supiera que no erraba;
pero como se que yerran
las niñas que se resuelven,
y sus yerros no se sueldan
jamás; vele usted ahí
porque á nada estoy resuelta.

Ped. Quedate á ser montaraz
una vez que lo desees.

Faust. Pero en Madrid, diga usted,
para qué puedo ser buena?

Ped. Para tanto... nadie sabe
lo que vale una belleza
en Madrid, quando sus mares,
con viento en popa navega.

Faust. Pues ya no voy.

Ped. Por qué causa?

Faust. Porque decia mi abuela,
que todo aquel que se embarca,
de naufragar está cerca.

Ped. No seas tonta; en quatro dias
tienes tu fortuna hecha.

Faust. De qué suerte?

Ped. De la suerte
que la han hecho otras diversas;
casandote con un amo,
que se arrime á los sesenta,
ó siendo ama de gobierno,
de un celibato que tenga
muchos empleos, y pocos
con quien consumir sus rentas;
veras con estos arbitrios,
como vas tan pëtímetra,
en lugar de estos adornos,
vestirás preciosas telas.

Faust. Pero quién me las dará?

Ped. Las hermosas las encuentran.

Faust. Valgame Dios! Quién diria
que habia en Madrid tan buenas
almas.

Ped. Como de esas almas
se encuentran hallá á docenas. (les,
Faust. Con qué en lugar de estas pie-
tendré vestidos de tela
de zedazo?

Ped. Qué zedazo?

Faust. De aquello que se clarea.

Ped. A eso llaman musulina.

Faust. Mocholina, ó lo que sea.
y tendré Don?

Ped. En Madrid
hay pocos que no le tengan.

Faust. Segun eso, pocas gentes
conocerán la miseria.

Ped. Por qué?

Faust. Porque con el Don
la remediará qualquiera.

Ped. Cómo?

Faust. Hechandole en la olla,
quando que comer no tenga.

Ped. Qué simple! el Don es honor.

Faust. Y el honor de qué aprovecha?

Ped. De mucho.

Faust. Pero se come?

Ped. Comen con él, y comercian
con él: mira si el honor
con justa causa se aprecia.

Faust. Yo estoy lela.

Ped. Te acomoda?

d

Faust.

- Faust.* Mucho.
- Ped.* Pues de esa manera,
te ofrezco llevar conmigo,
quando á la Corte me vuelva.
- Faust.* De veras?
- Ped.* No la ha de ser.
- Faust.* Siendo asi, voy á dar cuenta
de ello al tío, al capataz,
al zagal, á las doncellas,
á los mozos...
- Ped.* Qué locura!
Esas cosas se reservan.
No ves que el tío te quiere
tener una esclava hecha;
y se opondrá á tus proyectos,
si acaso tu se lo cuentas?
- Faust.* Quién lo creyera!
- Ped.* Ay de tios,
hoy día mala cosecha.
- Faust.* Cómo me he de ir con usted,
sin que ninguno lo sepa?
- Ped.* Antes de enganchar el coche,
te vas con tiento, y me esperas
al otro lado del cerro;
ya lo veras, nada temas.
- Faust.* Quándo nos iremos? Quándo?
- Ped.* Ten un poco paciencia.
- Faust.* Qué Señor tan bueno! Vaya,
sin deberme tan siquiera
un favor, de hacerme Doña
se ha tomado la molestia.
- Ped.* Por tu buena cara.
- Faust.* Ya.
- Ped.* Vaya, toma esta fineza,
y vete.
- Faust.* Qué me da usted?
- Ped.* Alfinique.
- Faust.* Ay que se pega
en los labios, esto es liga.
Cazan con esto á las hembras
en Madrid? Qué bien que sabéis
- Ped.* Mejor te sabran las hiemas.
- Faust.* Quién diria que en Madrid
habia cosas tan buenas. *vase.*
- Ped.* Es lastima que á la Corte,
robe el campo estas bellezas.
Aquí viene el penitente,
prevengome de cautela.
*Saca de la faltiguera unos papeles, y
hace que lee. Sale D. Benito.*
- Ben.* Qué estará leyendo el tuno
del Abate?
- Ped.* La Marquesa,
en vano para su hijo,
pide á Doña Rosa.
- Ben.* Es fuerza
fijar aquí la atencion.
- Ped.* Dale bola. La Tenienta
General, con su primo,
tambien casarla desea:
el Conde pide lo mismo:
lo mismo la Vizcondesa:
si es el prodigio de España;
no lo estraño; pero ella,
por su tierno Don Benito,
á todo el mundo desprecia.
- Ben.* Este papel se os cayo.
- Ped.* La carta es de la Marquesa.
- Ben.* No he visto carta en mi vida,
que diga al principio: cuenta
de los meses de una cama
alquilada á la Vicenta
la Valenciana, que debe
Don Pedro de Toaleta.
Le alquila usted alguna cama
por ventura á la Marquesa?
- Ped.* Aquí está; en ese papel
vino embuelto un par de medias,
demele usted. Estas cartas
su fortuna manifiestan:
todo el mundo solicita,
aquello que usted desprecia;
pero yo espero que usted
á la razon se convenga.
Esta tarde dexaremos
concluida la materia.
- Ben.* Cuide usted de sus negocios,
y en los de otro no se meta. *vase.*
- Ped.* Solamente sequedades,
sacó en limpio del postema
del Americano; pero
Doña Rosa aquí se acerca.
Sale Doña Rosa.
- Ros.* Metida entre los dos viejos,
se

se me ha hecho la hora y media,
siglo y medio; pero en tanto
que registraban la alverca,
por el lado del vivero,
escapé sin que me vieran,
porque no vivo aquel rato,
que no estoy en su presencia.

Ped. Digo y yo? Es indecible
el mal humor, la jaqueca
que he tenido en tan penosa,
en tan dilatada ausencia.

Ros. Yo lo creo.

*Don Diego y Don Josef se dexan ver
en el foro, éste hablando con Juan
Josef.*

Jos. Vete y calla.

Dieg. Qué te ha dicho?

Jos. Una friolera.

Dieg. Pues no nos ven, con cuidado
les ganaremos la puerta:
tú veras como Don Pedro,
es distinto que tú piensas.

Ped. Lo repito, á no ser que
he sofocado mis penas,
elevando el pensamiento
hacia el mar de las estrellas,
buscando la direccion
que han de tener las aereas
naves, que abruman las ondas
de las nuves de la esfera
para que prosperamente
llegar algun dia puedan
á la playa de las siete
cabrillas los que se emplean
en la nautica celeste,
sin duda muerto me hubiera.

Dieg. Lo ves? lo ves? Hasta es
Aereonauta.

Jos. Si eso fuera,
le debia toda Europa,
tributar gracias inmensas.

Ros. Es mucho lo que usted sabe.

Ped. Mientras se pasa la siesta,
el juego de la mantilla
repasemos; mas quisiera...

Ros. Para que es llamar á nadie,
yo iré al instante por ellas. *vase.*

Ped. La principal instruccion,
de una dama petimetra,
es manejar la mantilla
y el abanico por reglas.

Sale Doña Rosa.

Ros. Aquí está.

Ped. Pongase usted
la mantilla en la cabeza:
quando usted estrene cofia,
y quiera que otras la vean,
se pone así; que se llama
la mantilla á la gineta:
quando haga un poco de frio,
se pone de esta manera,
que llaman las Andaluzas,
mantilla á la picaresca:
para ir temprano al Prado,
ó al camino de Vallecas,
la ha de llevar asi hechada,
y si es dable ha de ser negra,
y á esto llaman la mantilla
á la vergonzante.

Jos. Buenas
lecciones padre, á la niña
le da, el Abate.

Dieg. Le enseña
aquello mas puesto en uso
entre nuestras petimetras:
es un gran chico.

Ped. Ya basta,
aquella postura nueva
del bolero repitamos:
pongase usted á la vela.

Ros. Así?

Ped. Un poco mas adentro
ese talon; mas afuera
esa punta, alce ueste el brazo,
doble usted esa muñeca;
al golpe del bien parado,
de esta manera se queda.

Dieg. Bendito seas... Lo ves?
sino hay en Madrid bolera
como tu hija.

Ped. Dacapo.

Ros. Dacapo, qué bien que suena!

Dieg. Esto es nada; en las cabriolas,
si vieras como se eleva,

ni la Tantini.

Jos. Ha salido la noticia en todo cierta.

Dieg. Pues quando la oigas cantar la cavatina que empieza así *eco pipino é morto: canta.* la canta con mas destreza que yo ; sobre que el Maestro dice , que se las apuesta á la Todí.

Jos. Qué locura !

Dieg. Sabes qué digo ? Qué es fuerza que te espliques con el Maestro, dandole alguna fineza.

Jos. En eso estaba pensando.

Dieg. Oh qué propina tan buena le espera á usted !

Ped. Muchas gracias.

Dieg. Ya mi hijo tiene una idea de los rapidos progresos que ha hecho usted con mi Nieta.

Ped. Habiendo hallado en Madama una materia dispuesta, para todo , las consultas de mas grande conseqüencias, las pretensiones pendientes, las amistades estrechas, y otras cosas reservadas al honor que me grangea la enseñanza de Madama, hice sacrificio de ellas; y lo doy por bien empleado por lo ayrosó que me dexa. Crea usía que ha tener de un Cicefon la eloqüencia, como hizo Plinio á Trajano un panegirico hiciera á Madama en donde.... pero basta para prueba de que estimo su talento saber que escribo un poema, didactico en su alabanza siendo usía su mecenas.

Jos. Que charlatan !

Dieg. Otras gracias tiene Don Pedro á mas de estas. le ves ? le ves ? En Madrid

no hay Dama que no le quiera.

Pedr. Disparate ! quando alguna ese mal gusto tuviera, mi indiferencia al amor corrigiera su demencia.

Jos. Que hallan en usted las Damas, que tanto les envelesa ?

Pedr. Yo no lo sé , porque yo...

Dieg. Hijo mio no lo creas, sabe el Señor tantas cosas... diga usted algunas de ellas.

Pedr. Si las alabanzas propias no parecieran molestas, dixera de mi que hay pocos que entiendan de las materias que yo entiendo ; con el mismo primor difino un sistema de descartes, que difino si las castañuelas hembras tienen mejor el sonido que las machos.

Jos. Sois de ciencia un pozo.

Pedr. Como que soy el Abate Biblioteca.

Jos. Pero úste es músico , ó que es ?

Pedr. Músico yo ? Que baxeza ! Aunque toco , canto , y baylo con muchisima destreza, es en clase de virtuoso ó diletante.

Dieg. Quisiera que oyeses cantar á Rosa lo que Don Pedro la enseña.

Jos. No tengo reparo.

Ros. El clave ?

Dieg. Cuidado con las corcheas.

Sacan el clave , y Don Pedro se sienta en él , y hace que toca , y Doña Rosa canta la siguiente.

Cabatina.

Ros. Al ver que con flores
liga amor los brazos,
los floridos lazos
buscan del amor.

Se secan las flores,
y de una cadena,
que forjó la pena,
sufren el rigor.

Jos. Me parece bien, conozco
que es muy del caso que aprenda
una doncella á cantar,
despues que otras cosas sepa.

Pedr. Quanto una educacion fina
prescribe, tanto sabe ella.

Jos. Sabe en una camisola,
como el hombrillo se pega?

Dieg. Hombre tu sueñas? Acaso
tu hija ha de ser costurera?

Jos. Si no sabe eso, sabra
como se hace una calzeta.

Dieg. Calzeta! tu estas creyendo
que tu hija ha de ser Doncella?

Jos. Sabe gobernar la casa?

Dieg. Es Mayordomo mi Nieta?

Ros. Que cerril viene papá!

Pedr. Mucho pelo de la Desa,
trae encima, Doña Rosa,

Jos. Ya que ignora las haciendas
de una casa, los deberes
de una señorita honesta,
sabra bien.

Dieg. Preguntala
por las mejores novelas.

Jos. Pues padre, si el gobernar
una casa, hacer calzeta
y coser, es de criadas
doncellas, y costureras,
baylar, tocar, y cantar,
y saber ser petrimeta,
es solo de baylarinas,
operistas, y coquetas:
en este supuesto usted,
tome al instante la puerta,
sin buscar con la tardanza
que le eche de otra manera:
tu niña al lado del Aya,
prevente para la enmienda;
y si esto no te acomoda,
tomaré otra providencia. *vase.*

Dieg. Pepe, Pepe, yo estoy lelo.
Al tiempo de irse Don Joseph por la

*puerta del foro, encuentra á Doña
Monica, hablan un instante en se-
creto, y se entran corriendo.*

Pedr. Aqui hay alguno que enreda.

Ros. Si fuese el Aya...

Dieg. Ella es,
que con Pepe cuchichea.

Ros. Mire usted la santurrona:
me las pagara por estas:
donde iran?

Pedr. Señor Don Diego,
un sugeto de mis prendas,
no esta hecho á tolerar
semejantes insolencias;
y asi me voy á Madrid,
aunque el corazon lo sienta. *vase.*

Dieg. Señor Don Pedro por Dios: :-

Ros. Pero el se marcha de veras.
Don Pedro? Llamele usted,

Dieg. Como en vez de cortar, vuelva
pronto reñire con Pepe,
como me haga muchas de estas. *vase.*

Ros. Yo sola! yo sin Don Pedro!
como á la Quinta no venga,
no me ha de parar criado...
no me ha de quedar doncella...
se han de acordar de mi todos...

Sale Don Benito.

Ben. Que voces tan descompuestas...

Ros. No le quiero á usted; usted
trae la casa revuelta,
usted ha ido á papá
con-chismes. Si lo supiera...

Ben. Reportese usted Señora,
no piense con tal baxeza.

Ros. Si yo no le quiero á usted.

Ben. Le digo á usted que me quiera?

Ros. Sobre que no es usted digno
de obtener mi mano vella.

Ben. Por ventura alguna vez
le he dicho á usted que lo sea?

Ros. Quando le hubiera mirado?
quando hablado yo le hubiera
si Don Pedro no mediara?
pero esta es la recompensa
que le dan al pobrecito
de mi alma... como no vuelva,

como padre no le llame,
haré la Quinta pavesas,
haré....

Ben. Lo que uste ha de hacer,
es aplacar su fiereza,
y fortalecer el juicio,
por medio de esta advertencia.

Rondo.

No desdeñe el río ufano
al arroyo temeroso,
que si de agua está copioso,
del arroyo la bevió.

Asimismo la que es linda,
no desdeñe al desdichado,
que si por linda ha pasado,
á su elogio lo debió.

La dengosa,
la mimosa,
la coqueta,
la veleta,

tome bien esta leccion.... *vase.*

Ros. Como se entiende el fantasma,
tratarme á mi de veleta?
Yo he de hacer un disparate
como Don Pedro no venga;

Sale Don Diego.

pero el Abuelo? Abuelito,
logró usted se detuviera?

Dieg. No, Rosa; pero Silverio
fue tras de él á toda priesa,
pero no quisiera luego...

ya lo ves, todos se empeñan
en que te enseña unas cosas...
sentiría que dixeran
que contribuyo á criarte....

Ros. Tambien usted se revela
contra mí? tambien usted
en hacerme infeliz piensa? *llora.*

Dieg. No pienso tal; mas no quiero
que me traigan entre lenguas.

Ros. Ponerme mal con usted, *llora.*

ya logró la envidia fiera,
porque quiero á mi Abelito
mas que á nadie, ni doncellas,
ni padre, ni aya, me pueden
ver; pero aunque me aboraezcan

Con mimo, á que contexta D. Diego.

todos, te he de cherer siempre
mono mio; Abelo, dexa

que te limpie la babita:

si como yo te quisieran

los demas A ser posible,

niaguno mi nobio fuera

sino tu; pero que sirve

que yo estime tan deveras

á mi Abuelo, si mi Abuelo

no me trata como á Nieta?

Quantas malas voluntades

hay!

Dieg. Bien puede ser que sea
eso.

Ros. Quando yo lo digo.

Dieg. Si de cierto lo supiera,

á mi cargo tomaria

de Don Pedro la defensa

por darles en ojos.

Ros. Sí?

poquito entonces quisiera

á mi Abuelito. Ande uste, *con mimo.*

haga lo uste.

Dieg. Como sepa....

Sale Doña Monica.

Mon. Vamos Señorita al quarto

á aprender á hacer calzeta.

Ros. Calzeta yo?

Mon. Si Señora,

que así su padre lo ordena.

Dieg. Sabe Pepe que al instante

que la niña se atarea,

le da fluxion en los ojos,

ó bien le duelen las muelas?

Mon. Yo solo se que ha mandado,

que todo el dia la tenga

aprendiendo hacer lavor

encerrada en una pieza.

Dieg. Encerrada!

Mon. Si Señor.

Dieg. Pepe no manda en mi Nieta.

Mon. Vamos, Señorita, vamos.

Ros. Esto es una desvergüenza.

Dieg. No vayas.

Ros. No quiero ir,

no me da la gana, ea.

Mon. Mire usted....

Ros.

Ros. Dexeme usted,
que si un poco más me aprietan,
me he de echar al pozo.

Dieg. Rosa.

Ros. Sueltenme.

Dieg. Por Dios tenedla.

Ros. Yo les daré por el gusto,
detenerme en vano intentan
porque yo....

Sale Don Joseph.

Jos. Que es esto padre?

Dieg. Que por tu causa mi Nieta,
quiere echarse al pozo; mira
del rigor las conseqüencias.

Ros. Y me echaré: es escusado
que detenerme pretendan,
va uste á cerrarme la tapa?

Va Don Joseph hácia el pozo.

Jos. Voy á dexartela habierta.

Arrojate, tiraté,
verifica tus ideas

detestables, al despecho
sacrifica tu soberbia;

anda que mas quiero ver
la lamentable tragedia

de tu muerte, que de horror,
y oprobio verte cuvierta,

quando los malos resabios
que has aprendido en la escuela

del delirio te confundan;
con la orgullosa caterva

de locas, cuyos excesos
cubren su sexó de afrenta,
arrojate.

Ros. Padre mio...

Jos. Nadie te detiene.

Ros. Muerta
me quieren: á morir vamos
con el dogal de mis penas. *vas.*

Jos. Seguidla, y quanto he mandado,
prácticar luego con ella.

Vase Doña Monica.

Dieg. Hombre tu eres un Neron.

Jos. Soy un padre que desea
ver su hija corregida.

Dieg. Si se muere?

Jos. Que se muera.

Dieg. Y la casa que se quede
sin sucesion? Bueno fuera.

Jos. Si la propaga un mal hijo,
vale mas que se obscurezca.

Dieg. Quien heredara mis bienes?

Jos. Los heredará qualquiera.

Dieg. No faltaba ya otra cosa.

Jos. Padre, de vuestras ideas
desistid, mirad que Rosa
vá á cubrinosa de vergüenza,
que vuestro excesivo mimo
la ha hecho indómita, altanera
y orgullosa, que el maestro
es un picaro.

Dieg. Qué lengua
tan maldita! Por lo mismo
que en peseguirle te empeñas
yo le protexo, y al lado
ha de volver de mi Nieta.

Jos. Perdonad, soy yo su padre.

Dieg. Yo lo soy tuyo, y en ella
y en tí mando: ola, ola!

parece que me gallea
el Señor Gobernador:

Señor Don Jose, usted sepa
que aun mando yo en mis calzones.

*Sale Doña Monica y habla Don Jo-
sef en secreto con ella.*

Jos. Doña Monica?

Dieg. Qué intentas?

Jos. Don Benito? *Sale Don Benito.*

Dieg. Qué te marchas?

Ya puedes tomar la puerta,
que á mi ninguno me manda.

Jos. Ni vuestro hijo lo desea:

Sale Juan Josef y se va.

Juan Josef? Di al mayoral
que enganche el coche...

Sale Doña Monica y Doña Rosa.

Dieg. No creas.

que te he de dar alimentos,
componte con tu soberbia
y con tus pesos, que yo
me compondre con mi Nieta
y con el maestro. En casa
no quiero picaros.

Jos. Besa

la mano á tu Abuelo , y vamos
á Madrid.

Dieg. Qué te la llevas?

Jos. Es forzoso. *la agarra del brazo.*

Dieg. Lo veremos.

Ros. Abuelito que me llevan.

Dieg. Mira Pepe...

Jos. Conducidla.

Ros. No me da la gana, ea.

Jos. Llevadla pues.

Ros. Voto á Dios. *da una patada.*

Jos. Mirad la crianza vuestra.

Dieg. Si la enfadan.

Jos. Padre...

Dieg. Pepe...

como el respeto me pierdas;

mira que me olvidare

de la paternal terneza.

Jos. No soy , padre , de los hijos

indignos , que degeneran

de ser hijos con sus padres.

Señor , se muy bien la deuda

paternal á lo que obliga;

asi Señor vos supierais ..

Dieg. Qué?

Jos. Nada , si vuestro enojo

del castigo me contempla

digno, para recibirle

me postro á vuestra obediencia.

Dieg. Yo solo quiero á Rosita.

Jos. No os puedo servir con ella.

Dieg. Y es esa , picaro infame

la obediencia que aparentas?

Jos. Yo me sujeta á mi padre,

y ella al suyo se sujeta.

Vamos Rosa.

Dieg. No ha de ir.

Jos. En vano...

Dieg. Si te la llevas

te haré de palos. *levanta el baston.*

Sale Juan. Siol,

que la Alguacila aquí llega.

Jos. Qué Alguacila?

Juan. La Alguacila

que traen los mozos presa.

Saca Silverio y los mozos á Don Pe-

dro que vendrá descalabrado.

Jos. Yo no te entiendo.

Ros. Don Pedrol!

Dieg. Maestro , que sangre es esta?

Ped. Estos picaros que á un hombre
de mi clase , y mi carrera...

Ros. Yo fallezco. *se desmaya.*

Dieg. Ay que le ha dado

un accidente á mi Nieta!

Canalla mira á tu hija.

No vienes á socorrerla?

Jos. No Señor.

Dieg. Señor Don Pedro,

que novedad es aquesta?

Ped. Que ha de ser , que la malicia
no respeta la inocencia.

*Don Diego tan pronto acude á Don
Pedro como á Doña Rosa.*

Dieg. Vuelve Rosa?

Mon. Cada vez

la convulsion se le aumenta

mas , y mas.

Dieg. Y las criadas,

no vienen á socorrerla?

Mon. Tomasa?

Sale Tom. Dexeme usted,

que la cara se me quema.

Mon. Manuela?

Sale Man. Que mal de rabia!

Tom. Si aquí al picaro cogiera!

Jos. Las maldades del Abate,

ya á descubrirse se empiezan.

Man. Que agua nos dió usted cana-
lla?

Ped. De esta vez voy á galeras.

Man. Diga usted?

Silv. Esto no es nada,

respecto á lo que me resta

que decir; y hacer presente

de ese hombre vil , sin verguenza.

Exámine usted los libros

que trae en la faltriquera,

y despues le daré á usted

de lo sucedido cuenta.

Jos. En estas cartas picadas,

difine usted los sistemas

de descartes ? en los dados

tiene usted la Biblioteca

en que estudia? En los villetes de amantes correspondencias que ha seguido de otros, tiene las anotaciones hechas sobre dar direccion fija á las naves que navegan por el ayre? Esta muy bien. Con que usted no se contenta con ser taur de los naypes, sino que tambien se emplea en serlo de amor? Veis padre la conducta manifiesta de este hombre?

Dieg. Dexame, y el estado considera de tu hija.

Jos. Todo el resto del suceso manifiesta.

Silv. Habiendo ido á detenerlo, por cumplir con la orden vuestra, hallé que añadir queria á su vileza, otra nueva vileza; para estorvarla, á los mozos de la huerta llamé al instante, y mirando su iniquidad descubierta, armé para detenernos osadamente su diestra, con esta pistola; entonces apelando á la defensa, tal lluvia de garrotazos descargó sobre él, que en tierra le dexó; y por si ocultaba otra arma en las faltriqueras, pasamos á registrarle, y le encontramos en ellas las cartas que os he entregado, las detestables esquelas; los dados, y esta pistola que es la compañera de ésta.

Jos. Y á esto que decis?

Dieg. Que nada de eso su maldad comprueba. Sobre que es bueno.

Jos. Qué fatuo!

Silv. Sus maldades descubiertas aun no estan del todo.

Jos. Cómo?

Silv. Como faltan las mas feas.

Faustina?

Sale Faustina.

Faust. Señor? Yo tio si me iba tan solo era porque me dixo el Señor, que me pondria á doncella; que luego me casaria, que iria muy petimetra, y seria Doña.

Silv. El vil abusó de su inocencia, y la robó con engaños por triunfar de su modestia.

Ros. Vil seductor, ya conozco se levanta de pronto.

tus engañosas, cautelas; pero tarde: padre mio, de amargura, y rubor llena á vuestras plantas confieso mis delirios, mis demencias, los pocos años, mi Abuelo, y la ninguna experiencia, con el mal lado que tuve, me han perdido de manera, que tarde espero encontrar de la cordura la senda; perdone usted Don Benito: Doña Monica, quisiera... nada quiero, sino que por medio de la aspereza me sujete usted de modo, que servir de exemplo pueda á todos quantos he dado para murmurar materia.

Jos. Lo veis padre? Qué decis?

Dieg. Solo te doy por respuesta, que el hospicio no bastaba á castigar mi flaqueza.

Jos. El destino de este vago, corre desde hoy de mi cuenta.

Pedr. Asi usted me acomodara.

Jos. Un fusil tendra usted en cuenta.

Mientras le dispongo el viaje, le podreis llevar á Illescas.

Ros. Antes de irse, padre mio,

quie-

quiero pagarle una deuda
de una música Italiana,
que ha ajustado por mi cuenta
en quinientos reales.

Jos. Cómo?

Ped. Nada que deber me queda.

Ros. Como le dí á usted seis onzas
solamente...

Jos. Qué insolencia!

Ya no es digno del fusil.

Dieg. Pues de qué?

Jos. De una cadena.

Ped. Los presidios no se hicieron
para gentes de mi esfera.

Man. Desde tuno á presidario,
hay muy poca diferencia.

Ros. Para que mi desengaño
todos sepan, en la escuela
de la correccion, desde hoy
voy á procurar mi enmienda.

Ben. La mano de Doña Rosa,
entonces me es lisonjera.

Jos. Dasela si te acomoda.

Ros. Dexad que se fortalezca
mi razon, y entonces digna
seré; Señor, de obtenerla:
llevadle donde gustéis.

Jos. Yo haré aquello que convenga.

Y los padres que en sus hijos,
vieren iguales flaquezas,

Tod. Puede servirles de aviso
el exemplo de esta pieza.